

Párrafos de sencilla filosofía

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Sea bendita y bien recibida la vejez, que si incapacita el llevar a cabo activos empeños, laboriosas empresas; en cambio da tiempo para leer los clásicos amigos, sosiega las pasiones y trae la serena paz, preludio del reposo sempiterno.

Dijo Pombo en un inspirado soneto:

*"Es la vejez viajera de la noche,
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo"*.

Cayó en mis manos casualmente la biografía de Tolstoi escrita por Stefan Zwaig. No es muy extensa, y como mis horas están libres, pocos días bastaron para su lectura. El concepto que tenía del barbado conde ruso era muy impreciso, y, a decir verdad muy poco o nada ventajoso de sus ideas; no así de su talento que tenía por genial. Unas palabras de su diario de juventud, que servían de epígrafe al capítulo: *La vida y su contrasentido* habían confirmado en parte mi juicio primitivo. Transcribamos esas palabras. "He concebido una idea cuya realización merecería el sacrificio de toda mi vida. Esta idea es fundar una nueva religión, la religión de Cristo, pero libre de dogmas y de milagros". (Diario de juventud, 5 de marzo, 1855).

Ni en los días azarosos de la mocedad fue Tolstoi irreligioso: pero de aguda inteligencia como era, ¿qué concepto tenía el conde León Tolstoi del milagro? El sobrado trivial que todo el mundo tiene: un hecho raro (caso de ser posible), nada común, sin explicación posible, atribuible únicamente a un poder divino. Lo raro, lo extraordinario no es de la esencia del milagro. Del milagro —tengo para mí— puede decirse lo que San Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, dice de Dios: *Non longe sit ab uno quoque nostrum. In ipso enim est vivimus, et movemur et sumus*. Pues Dios no está lejos de cada uno de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y somos".

Pensar en crear una religión, "libre de milagros y de dogmas" es del todo imposible, pues en el milagro nos movemos y somos". ¿Acaso la vida no es un milagro que acaece y se renueva en todo lugar, de continuo, sin interrupción?

La esencia del milagro está en que el hecho suceda por intervención directa de Dios. La materia es inerte de suyo. El hombre no podrá jamás, por sutil que supongamos su inteligencia, lograr que el lodo se anime, se mueva, se repro-

duzca, crezca, sienta, y, lo que es el colmo de estas maravillas, produzca el inasible e invisible fenómeno del pensamiento.

¿Sería Tolstoi menancista? ¿Prendería interpretar los fenómenos vitales fisico-químicamente? No sé a qué escuela en este particular haya pertenecido el genial ruso de Yasnaia-Poliana, pero de seguro, (si bien espiritualista) no veía a Dios en los fenómenos de la vida, en esa serie de maravillosos hechos que van desde la ascensión de la sabia en los verdes hierbales de las praderas hasta la circulación de la sangre, y hasta la elaboración del pensamiento. El secreto de ese misterio humano no se descubrirá jamás!; y menos crear —si se reflexiona honradamente— el diario y múltiple milagro que no se suspende un momento en el mundo, sino que se perfecciona hasta la silenciosa y completa manifestación de la conciencia.

Mientras el hombre vive vida mortal, su conciencia, para hacerse presente, se vale del cuerpo como de un instrumento, de análoga manera como el músico para manifestar su arte ha menester del instrumento —piano, arpa, flauta, violín, etc.—, pero el arte no está en esos medios materiales, sino en el alma del artista; en la conciencia de lo bello que anhela manifestarlo y mueve el pincel o el cincel, el arco que hacen vibrar las cuerdas del violín o el marfil del teclado mudo hasta ese momento— ¿no es verdad que los instrumentos de un gran artista fallecido parecen esperar la llegada de su dueño?

¿Cómo será la vida inmortal del espíritu?

Un pensador español del siglo XV, Luis Vives, rayano en el genio, escribió un tratado del alma, donde, ingeniosamente compara lo que llamamos la muerte —a la ascensión de la vida actual, limitada por la materia— a una vida superior y perfecta. Inútil emplear mis palabras para sintetizar malamente el pensamiento del filósofo hispano. Transcribimos más bien sus palabras.

Por el modo de nacer a esta vida mortal puede también comprenderse el nacer a la inmortalidad. Así como en el claustro materno se forma y dispone el hombre para la vida presente, en esta se dispone el hombre para aquella otra, ante la cual la luz nuestra de ahora es noche oscurísima y tinieblas, y de igual manera que al acercarse el tiempo del nacimiento decae la vida uterina y parece que muere el niño cuando en realidad va a vivir así el hombre, al salir de esta vida para nacer en otra, muere en este mundo y empieza a vivir en otro, tanto más excelente cuanto es mejor esta luz que la del útero. Así, en este nos preparamos para la vida del cuerpo, y en el cuerpo para la vida del espíritu. Así se prepara el alma al partir de esta vida, por motivo de la gran mudanza que se efectúa, y se afecta lo mismo que el niño que nace si se le diese algún sentido para conocer y pensar; pues lo mismo que el niño que nace que el hombre al morir pasan ambos a una nueva luz y vida a un aspecto de las cosas que causa admiración; uno y otro, asustados por la novedad, no querrían salir de su escondite a no empujarlos la acción de la naturaleza.

No hay duda de que la muerte humana tiene gran afinidad y se-

mejanza con el nacimiento, a causa de la imperfección que tiene el niño en el útero, y el hombre en esta vida; pues si el niño fuese perfecto y acabado en todas sus partes dentro del claustro materno, no tenía para qué nacer, y cuando se le ha dado el sentido y la facultad de conocer, que no puede ejercitar en el útero, sale a esta luz dilatada, donde puede sentir y conocer”.

Comentada así superficialmente la primera parte del epígrafe, veamos lo que dice el mismo Tolstoi en otro lugar de su diario: “¡Dios mío, cuán difícil es vivir solamente ante Dios... Vivir como hemos vivido los hombres, metidos en el fondo de un pozo, del cual jamás habíamos de salir y sin que nadie pudiera saber nunca cómo habían vivido allí! Ayudadme, Señor”. (Diario, 1900).

Así como en 1855 soñaba en una religión sin milagros y sin dogmas, 50 años después, es a saber, en los linderos de la vejez, (transcritas como epígrafe ambas citas), comienza Tolstoi el capítulo: “Cristianismo artificial”, con estas hermosas palabras: “Señor, dadme la fe”. La vida, comentamos, es una gran lección: cuando quemada la juventud, los fecundos años de la madurez anuncian calladamente que la vida toca a su término, se advierte que los años vividos fueron un milagro; y el gran novelista que quería una religión sin dogmas y sin milagros, se prepara para iniciar la vida de ultratumba, confesando el dogma, fundamento de todos los demás: “¡Dios mío, dadme la fe”!

Bien se advierte así que como no era exacto el concepto que del mi-

lagro tenía el gran novelista, en cambio del dogma sí tenía una idea acertada...; lo revela ese carecer de la fe. Para aceptar los dogmas hay que tener la divina merced de la fe. ¡Dios mío, dadme la fe!” don incomparable de Dios. “Firme seguridad de lo que esperamos, convicción de lo que no vemos”, según el decir del apóstol de las gentes, en su carta a los hebreos. Es, pues, la fe, un milagro de orden intelectual. En los linderos de la senectud, ¡cómo no anhelar el hombre el bien incomparable de la fe, la esperanza de lo que no vemos, pero única y positiva realidad de una misteriosa existencia advenidera!

El ruso genial que en los años de su juventud cuando “quería fundar la religión de Cristo, sin milagros y sin dogmas”, y en los postrimeros de su existencia cuando exclamaba: ¡Dios mío, dadme la fe!, humildemente desprendido de los bienes de la tierra (y tuvo muchos, fue opulento), y murió en suma pobreza, con el único afán de buscar la verdad, para enseñarla luego al mundo, dejó una excelsa lección: el valor supremo de los bienes espirituales; lección hoy sobremañera necesaria, cuando, como contrasentido de los progresos de la ciencia, de las industrias y de la técnica, por dondequiera no otra cosa se ve sino el culto de la materia, que parece ser la nueva religión de los hombres.

Solamente el culto del espíritu salvará al mundo de una aniquiladora catástrofe, horrendo fin de las legítimas conquistas humanas.

Señor, dadnos la fe, debiera ser —con Tolstoi— la oración universal.